

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

Entre el bienestar burgués y el espanto: auto-reflexiones de una elite regional peruana a fines del siglo XIX¹

Introducción

El 4 de enero de 1896, Pablo Seminario y Echeandía escribió una carta, en Lima, a su hermana Mariana Seminario de Schaefer, en Piura. “Por tu cartita de 28 del pasado veo con sentimiento que habías continuado sufriendo de cólicos. Quiera el cielo que con el aciago 95 hayan terminado tus dolencias y que con el 96 venga para tí y los tuyos una nueva era de salud y prosperidad”.² De algún modo, las dolencias físicas de su querida hermana aparecen conectadas a los horrores políticos que 1895 trajo a la familia Seminario y Echeandía. Habían sido partidarios del régimen de Andrés Avelino Cáceres y su caída, tras la larga y sangrienta campaña revolucionaria de la “coalición” liderada por Nicolás de Piérola, significó la pérdida de poder y el peligro para sus bienes, y aún sus vidas. Para Pablo Seminario y Echeandía, la seguridad y el bienestar familiar estaban íntimamente ligados al estado de la política peruana.

Las 216 cartas que este acomodado señor piurano escribiera a su hermana Mariana, entre 1881 y 1902, nos dan una mirada íntima a un hombre de una elite provinciana, durante las decisivas décadas de la transición de un Perú abatido por la catástrofe de la Guerra del Pacífico, a la pacificación oligárquica; una mirada a sus esperanzas, temores, sentimientos, valores y preocupaciones cotidianas. Las cartas de Pablo Seminario representan una fuente de una riqueza nada común por la claridad y franqueza de sus comentarios, la amplitud de los temas de que se ocupa —desde enfermedades y riñas familiares, hasta la política nacional y sucesos internacionales extraordinarios—, y el equilibrio y conexión entre los asuntos de las

1 Agradezco encarecidamente la generosidad de la Srta. Isabel Ramos Seminario por alcanzarme una copia de las cartas de su bisabuelo, así como otros materiales documentales, y por permitirme usar estas ricas fuentes para mis investigaciones y publicaciones.

2 Pablo Seminario y Echeandía [en adelante PSE] a Mariana Seminario de Schaefer [en adelante MSS], Lima, 4 de enero de 1896; archivo particular de la Srta. Isabel Ramos Seminario, Piura.

esferas privada y pública. En este artículo me propongo presentar algunos de los aspectos más importantes de estas cartas: de un lado saltan a la vista la amplitud y regularidad de la red comunicativa en la que nuestro corresponsal confiaba, la importancia primordial que prestó a la educación, y el sentido de orden y comodidad de la vida burguesa moderna; del otro, las cartas nos revelan su permanente preocupación por las enfermedades, tanto como por la violencia y el caos introducido por la política. De este modo, lo que Pablo Seminario juzgó importante compartir con su hermana, y la manera como lo compartía con ella, nos presenta a un hombre cuyos sentimientos fluían entre el bienestar y el espanto burgués; entre la confianza en la ciencia y la tecnología modernas, conjuntamente con los valores morales apropiados, y los temores surgidos debido a un mundo altamente inestable, en el cual sólo los lazos familiares más estrechos podían asegurar el bienestar personal. Debemos por ello preguntarnos qué importancia pudo haber tenido esta aparente ambivalencia de sentimientos, para las actitudes y prácticas de grupos más amplios de la elite provincial peruana, después de la guerra del Pacífico.

Antes de entrar en el análisis de las cartas, es necesaria una breve explicación sobre el contexto político y socioeconómico de Piura a fines del siglo XIX, la familia de nuestro autor y las problemas de la fuente misma. Aunque similares a las transformaciones mejor estudiadas en los demás departamentos de la costa norte peruana, las que Piura experimentó durante el último tercio de ese siglo tenían muchos aspectos específicos en lo que respecta a empresas agrarias, circuitos comerciales, sistemas laborales, organización espacial y social, relaciones e identidades étnicas y cultura política. Por falta de espacio, aquí solamente podemos mencionar algunas de estas peculiaridades piuranas.³ El auge de su economía de exportación a partir de la década de 1860 se basó en diversos complejos productivos y soportó estructuras laborales, sociales y de espacios más diversos que en Lambayeque y La Libertad. Hasta comienzos de la década de 1890, la expansión algodonera se produjo en las haciendas modernizantes del valle del Chira y las más tradicionales del Alto Piura, las cuales seguían con su producción mixta de productos ganaderos, azucareros y de panllevar para los mercados regionales, al lado de sus rozas de algodón. Pero la fibra también se produjo en las comunidades indígenas del bajo Piura, especialmente en Catacaos, la región ecológicamente más adecuada para el algodón. Fue sólo después del enorme fenómeno del "Niño" de 1891, y la consiguiente destrucción de las obras prehispánicas y comunitarias de riego, que los hacendados se infiltraron en las tierras del bajo Piura a mayor escala. A su vez, los campesinos y los pobres de los pueblos y ciudades tenían otras opciones para asegurar su supervivencia: una fuerte demanda de productos artesanales, especialmente de los sombreros de "Panamá", tanto como el trabajo asalariado en la explotación del petróleo, en la construcción urbana y en el arrieraje, que siguió siendo importante para el intercambio entre sierra y costa, entre Piura y Loja (Ecuador), y con Lambaye-

3 Aún no contamos con un estudio profundo sobre el crecimiento del complejo algodonero de Piura entre 1860 y 1930, y la elite regional. Para aspectos de la sociedad, economía y política regional en esta época, véase Aldana Rivera y Díez Hurtado (1994: 95-110); Díez Hurtado (1998: caps. 4-8); Jaramillo (1995); Riviale (1994); para memorias importantes de esa época en Piura, véase López Albújar (1924).

que. Mientras que las comunidades indígenas costeñas tenían que defenderse de una creciente ofensiva terrateniente, en la sierra piurana se formaron nuevas comunidades campesinas en un complicado proceso de reorganización espacial, político y de identidades. Pero estas nuevas "comunidades indígenas" nunca lograron tener la misma cohesión corporativa que las del sur andino.

Es más, las identidades tuvieron que ver más con redes de familia y la ocupación del espacio, que con la etnicidad. Aunque Piura compartió con las demás regiones peruanas la existencia de una elite criollo-europea y nociones de verticalidad en su orden étnico-racial, es probable que ese orden haya sido más fluido que en muchas otras regiones del país. Esa fue una de las razones por las cuales la gran crisis debida al colapso de la economía guanera en 1876, profundizada con la catástrofe de la Guerra del Pacífico, produjo en Piura largos años de movimientos sociales y políticos especialmente "anarchizados".⁴ Con este trasfondo étnico muy especial, la diseminación de montoneras y del bandolerismo entre finales de los años sesenta y 1895, expresó al mismo tiempo una lucha por el poder entre clanes familiares, sus clientelas y partidos políticos, tanto como la debilidad del estado y las reivindicaciones sociales y étnicas. Mientras que la mayoría de las familias nativas piuranas de la elite lograron conservar sus propiedades agrarias en mayor grado que las de Lambayeque y La Libertad, en Piura el poder económico pasó más a las filas de comerciantes y exportadores de algodón y sombreros, en las cuales llegaron a predominar compañías e inmigrantes europeos (ingleses, alemanes y españoles). Pero como veremos, en muchos casos estos comerciantes inmigrantes se asociaron con familias piuranas, las que siguieron predominando en la política y la administración pública, y se apoyaron en vastas redes de clientelaje de cierta fragilidad.⁵

Los Seminario habían pertenecido a las familias notables del departamento de Piura desde fines de la época colonial, aunque parece que su importancia política, y quizás también el auge de su situación económica, solamente datan de la segunda mitad del siglo XIX (Ramos Seminario 1991). Nacido alrededor de 1840, Pablo Seminario y Echeandía heredó de su padre, Juan Seminario del Castillo —junto con sus nueve hermanos y hermanas que sobrevivieron la niñez—, la hacienda Locuto, en la margen izquierdo del río Piura, en el distrito de Tambogrande, unos cincuenta kilómetros río arriba de la ciudad de Piura. Después de estudiar derecho civil en Lima, trabajó unos años, alrededor de 1867, como profesor en el colegio secundario de San Miguel de Piura. También parece que trabajó para la empresa mercantil de la familia, Seminario y Cía., y en ciertas temporadas en la administración de los trabajos agrícolas de la hacienda paterna. Desde la década de 1870 participó en la política, pasando de las filas civilistas antes de la Guerra del Pacífico, al Partido Constitucional de Andrés Avelino Cáceres en los años ochenta. Hasta 1895 fue diputado y senador por Piura en varias sesiones del Congreso. Contrajo matrimonio relativamente tarde, con una dama piurana y pariente suya, Elisa Seminario León y Calle. Manteniendo la tradición familiar de una numerosa des-

4 Así lo expresó Patricio Lynch, el jefe de las fuerzas expedicionarias chilenas, en 1882; véase Ahumada Moreno (1884-91, 8: 410).

5 Un fenómeno ampliamente conocido en otras regiones peruanas y latinoamericanas. Para un estudio reciente y excelente, véase Chowning (1999: 306-16).

endencia, tuvieron por lo menos ocho hijos, el mayor de los cuales, Miguel, nació alrededor de 1873, y la menor, María Teresa, en 1889. Aunque luego veremos ciertos indicios de un comportamiento que indica el paso modernizador hacía el compañerismo y la consensualidad entre esposa y esposo, pareciera ser que los aspectos patriarcales de la familia se mantuvieron fuertes para Pablo y su generación de los Seminario y Echeandía.⁶ Pablo se retiró de la política en 1895, al caer Cáceres. Aunque había sido congresista por muchos años y siempre mantuvo un vivo interés por ella y los asuntos públicos, no era un “político nato”, un hombre para el cual la lucha activa por el poder fuese un aspecto vital.

Pero para uno de sus hermanos sí lo fue. Fernando Seminario y Echeandía había comenzado su carrera como militar y fue ascendido a la clase de sargento mayor durante la guerra con España, en 1865-66 (Paz-Soldán 1907: 359 [“Seminario, Fernando”]). Al comienzo de 1883, durante la ocupación chilena y en momentos en que se desarrollaba la guerra civil entre Iglesias y Cáceres, Fernando sirvió como Prefecto en su departamento natal. Cuando el 27 de enero de este año, unos 150 montoneros de los distritos interiores de Chalaco y Morropón invadieron a la ciudad de Piura —la llamada “comuna de Chalaco”—, Fernando fue responsable por su represión, lo que incluyó la ejecución de varias decenas de montoneros capturados. Entre los jinetes de los chalacos que cayeron ese día en Piura se encontraba Juan Seminario y León, primo en segundo grado de Fernando y Pablo.⁷ Con esto ya no se pudo evitar la enemistad política y personal entre las dos ramas mayores de la familia Seminario en Piura: los Seminario y Echeandía por un lado, y Augusto Seminario y Báscones, con sus sobrinos Seminario y Aramburú y Seminario y León, por el otro. Fernando, Pablo y su familia secundaron desde entonces a Cáceres, mientras que don Augusto había seguido al Partido Nacional en los años setenta, ayudó a Iglesias entre 1882 y 1885, y después, con sus sobrinos, fue el líder del partido Demócrata de Nicolás de Piérola en Piura. En los siguientes veinticinco años, Fernando tuvo una carrera política destacada a nivel nacional, que le llevó de una senaduría en el Congreso a la Comandancia General del Norte en los últimos meses de la guerra civil de 1894-95 (en reemplazo del general Justino Borgoño); a la candidatura presidencial con una agrupación independiente del Partido Constitucional en 1903 y, después de reintegrarse a sus filas, a la presidencia de ese partido. En la última década de su vida pública, Fernando repetidas veces secundó agrupaciones y políticos heterodoxos y algo progresistas como Guillermo Billinghurst, su viejo enemigo del Partido Demócrata.

Para la fortuna del clan Seminario y Echeandía, los matrimonios de algunas de las hermanas tuvieron tanta importancia como la carrera política de Fernando. En 1857 Joaquina, posiblemente la mayor de los diez hermanos, contrajo matrimonio con Miguel Seminario y Báscones, hermano de Augusto y su tío de segundo grado. Este hecho revela que la ruptura entre las dos ramas de la familia solamente pudo producirse después de la muerte de Miguel, en 1869. Joaquina casó en se-

6 Para modelos de la familia en Bahía (Brasil) y sus cambios en el tardío siglo XIX, véase Borges (1992: 46-49, esp. 252-57).

7 Para detalles sobre este controvertido episodio de la historia de Piura, véase Jacobsen y Diez Hurtado (en prensa).

gundas nupcias con Carlos Schaefer, un joven comerciante alemán que en 1873 había llegado como empleado de la casa comercial ahora denominada Seminario Hilbck y Compañía. Pero Joaquina murió en 1878, y tres años más tarde Schaefer contrajo matrimonio con otra hermana, Mariana, la corresponsal de Pablo a partir de este mismo año. En 1877 Schaefer ya había fundado su propia compañía comercial, y en las décadas siguientes también invirtió en la adquisición de haciendas en la misma región de Tambogrande. Fue adquiriendo fama de altruista en la sociedad de Piura, ya que dedicó energía y fortuna a diversas instituciones sociales, desde la Sociedad de Beneficencia y un hospital, hasta la paternalista Confederación Obrera 'Unión y Confraternidad' (Anónimo 1924). Para 1908 solamente había dos casas comerciales de importación y exportación en Piura, con un giro mayor que la de Schaefer (Ministerio de Hacienda, s. f.: fol. 1): Duncan Fox y Hilbck. La segunda también tenía lazos muy estrechos con los Seminario y Echeandía: Federico Hilbck, oriundo de la misma pequeña ciudad en Westfalia que Schaefer, estaba casado con Clara, otra de las hermanas Seminario y Echeandía. Después de su temprana muerte, en 1893, casó en segundas nupcias con María, la hija de su cuñado Fernando.⁸ El negocio de Hilbck, concentrado en la exportación de algodón, tomó dimensiones cada vez más grandes: su casa tenía sucursales en varios lugares del departamento, y había comprado haciendas algodoneras no sólo en el Alto Piura sino también en el valle del Chira, y especialmente en el Bajo Piura. Pero no todos los hermanos lograron establecerse con comodidad o fortuna. Florentino, uno de ellos, vivió modestamente durante toda su vida adulta en sus chacras de Tambogrande, sin casarse, hasta que las tropas bajo el mando de uno de sus primos pierolistas lo mataron en represalia, durante la guerra civil de 1894-95. En conjunto, el clan de los hermanos Seminario y Echeandía vivía de la agricultura, del comercio, de los ingresos provenientes de sus cargos públicos, y en menor medida de sus profesiones. Si su situación económica mejoró durante las últimas décadas del siglo XIX, se debió mayormente a la creciente actividad comercial, especialmente la de los dos cuñados de origen alemán.

Aunque riquísima, nuestra fuente nos impone un gran cuidado interpretativo. Disponemos de fragmentos manuscritos de las cartas, cuidadosamente copiados en dos cuadernos por la Señorita Isabel Ramos Seminario, bisnieta del autor, directora del Museo Grau de la ciudad de Piura y generosa impulsora de la historia regional. Los fragmentos varían entre un párrafo y cuatro páginas. Para cada carta se indican la fecha, el lugar de origen y el lugar a donde Pablo se la enviaba a su hermana. Lo que no tenemos son las frases de saludo y despido. Y, claro está, nos falta una impresión de la escritura del autor: si era expansivo, tímido, bastante ordenado, generoso con el espacio de la hoja, o si intentaba utilizarlo al máximo. Tampoco podemos estar seguros de cuánto texto falta en cada carta; podemos especular que si algo fue excluido, fueron las frases y párrafos más personales, más capaces de comprometer la memoria de la familia. Pero como demostraré luego, lo que tene-

8 Sobre la importancia de los matrimonios en las familias notables de América Latina, véase Lewin (1987) y Balmori, Voss y Wortman (1984).

mos en los fragmentos incluye bastantes detalles sobre la vida íntima de los Seminario y Echeandía.

Fuera de los problemas específicos de nuestra fuente, las cartas personales en general nos plantean ciertas preguntas como fuentes históricas. Por supuesto que son altamente subjetivas. No es fácil generalizar a partir de las opiniones, emociones o incluso la información expresada en una de ellas, más allá de las perspectivas del sujeto-autor. Lo que Pablo Seminario nos dice no debe ser tomado automáticamente como algo "típico" para su generación, su clase social, la gente de su ciudad o región, o incluso su grupo étnico o género. Aún más problemático es que la perspectiva que nos transmite un autor de cartas del quehacer público y privado, de ese punto en el tiempo y el espacio, puede variar mucho según su corresponsal y el propósito de la misiva. Todo esto no quiere decir que no podamos extraer ciertas conclusiones de su lectura, que vayan más allá de la subjetividad del autor. Pero el resultado es una visión de la época que privilegia las perspectivas y los sentidos subjetivos en la constitución de los grandes temas sociales, culturales y políticos, los cuales se conformaban justamente a través de comunicaciones como éstas. Volveremos a estos problemas interpretativos en las conclusiones.

Las redes comunicativas

Pablo Seminario y su hermana Mariana se escribieron cartas con gran regularidad durante casi dos décadas, aunque ambos se movían frecuentemente y a través de grandes espacios. Las de Pablo se remitían de Piura a Lippstadt (Alemania), de Nueva York a Piura, de Hamburgo a Angostura (la hacienda de la familia Schaefer en el Alto Piura), de Lima a Locuto (la hacienda de la familia Seminario), de Piura a Lima y de Piura a Angostura. Las cartas enviadas desde la pequeña ciudad de Lippstadt, en el corazón del imperio alemán, no demoraban más que cuatro semanas en llegar a Piura. De allí a Lima el correo demoraba seis o siete días, y en dos semanas uno ya tenía la respuesta a su carta anterior. Este tipo de comunicación dependía de los barcos a vapor, de los ferrocarriles, de las estafetas del servicio de correo en el interior del departamento de Piura, y de personas de confianza (domésticos o parientes) que llevasen las cartas a las haciendas de la familia. Pero para asegurar una correspondencia frecuente y regular, tan importante como la mera existencia de los modernos medios de comunicación era que éstos funcionasen con horarios definidos, con los cuales se podía contar con salidas y llegadas precisas para saber cuándo había que despachar las cartas. Por ejemplo, entre 1895 y 1897, cuando Pablo y su familia residían en Lima y su hermana Mariana vivía o en su casa de Piura, o —por una temporada, mayormente entre enero y julio— en la hacienda Angostura, ambos siempre sabían la fecha y hora de salida y llegada de los vapores entre Callao y Paíta, y terminaban las cartas exactamente para alcanzarlos. Pablo señaló cuando el vapor no trajo la carta esperada de su hermana. El ritmo confiable también se interrumpía con el atraso del barco mismo, por ejemplo cuando era detenido en el puerto por cuarentena, como medida contra la difusión de una enfermedad epidémica.

Hoy en día, acostumbrados como estamos a una comunicación casi instantánea con cualquier parte del mundo, es difícil imaginar lo revolucionario que significó

la aceleración y la regularidad de las comunicaciones en la segunda mitad del siglo XIX, en comparación con el penosamente moroso e irregular sistema comunicativo anterior, sin cambios significativos desde la época de Pizarro hasta las tempranas décadas post-independentistas. Los barcos a vapor y los ferrocarriles (y el telégrafo, claro está) facilitaron una enorme expansión e intensificación del espacio dentro del cual uno podía sentirse conectado y bien informado por el flujo regular de información. Por cierto que este espacio no abarcaba todo el mundo, ni siquiera todo el Perú. Pablo Seminario era consciente de que este espacio de comunicación confiable estaba limitado a la red de los modernos medios de comunicación y transporte, que en el Perú abarcaba la costa y dos o tres líneas troncales a ciudades importantes de la sierra. No se sabía mucho con seguridad de lo que pasaba 150 o 200 kilómetros de Piura hacia el interior, y los acontecimientos de la sierra o selva peruana aparecen con menor frecuencia en las cartas que los asuntos de Guayaquil, las islas caribeñas o Italia.

Este espacio comunicativo más amplio e intensivo trajo consigo dos consecuencias claramente visibles en las cartas: una creciente participación en el intercambio de ideas a lo largo de toda la red, y el ajuste del contenido y estilo de las mismas a la rapidez y seguridad de la comunicación. En lo que respecta al primer punto, Pablo estaba lleno de conocimientos y conceptos modernos sobre la educación, la salud, el clima y otros asuntos. La comunicación más intensa y amplia hizo que no se sintiese radicalmente alejado de lo que sucedía en Estados Unidos o Europa. Los logros tecnológicos y científicos y las nuevas corrientes de ideas formaban parte de su horizonte; los acogió y asimiló a su esquema del mundo, y en la correspondencia diseminó a su vez su interpretación de tales conocimientos, ideas y valores. Por otro lado, la rapidez en las comunicaciones influyó en el tipo de información que valía la pena incluir en las cartas, y también en la forma en que se las redactaba, un cambio comunicativo del cual somos muy conscientes hoy en día por el auge explosivo de los mensajes electrónicos. Las cartas contienen bastante información que comunicaba acontecimientos diarios o semanales, que necesitan ser corregidos o actualizados en sucesivas misivas, por ejemplo, los informes sobre la enfermedad de una pariente o amiga (la subida y bajada de fiebres); si las lluvias que comenzaron hacía una semana continuaron en la siguiente, y si por ello las esperanzas de un año bueno en pastos y cosechas se iban a hacer realidad o no. También incluían instrucciones sobre compras, ventas, pagos, medidas educativas referentes a los hijos de Pablo que estaban al cuidado de su hermana, o instrucciones específicas para peones y empleados de la familia, todas las cuales debían cumplirse en días, o a lo más en semanas. Todo esto da a las cartas un cierto carácter informal y hasta chacharero. El ritmo casi diario de la vida y los quehaceres mundanos de la familia, llegaron a ser parte del mundo comunicativo y comunicable en un espacio mayor.

Educación

Para Pablo Seminario, una excelente educación para su hijos e hijas era algo primordial. En 1885, cuando su hermana Mariana se mudó con su familia a la pequeña ciudad natal de su marido Carlos Schaefer en Westfalia (Alemania), confió

por lo menos tres de sus hijos mayores al cuidado de su hermana para que recibiesen una buena educación europea, con un gasto considerable tanto en los pasajes como en el mantenimiento de sus hijos. El último de éstos sólo volvió al Perú once años más tarde, en 1896. Cuando Mariana le escribió pocos meses después de su llegada a Alemania que su hijo Pablo Ignacio iba “contrayéndose al estudio”, Pablo le contestó que estaba muy contento “al saber que quizás mis sacrificios no sean estériles” (PSE a MSS, Locuto, 27 diciembre de 1885). Parece ser que eso de “sacrificio” no era simple retórica. En febrero de 1895, Pablo había trasladado toda su familia a Lima, donde vivían en condiciones algo estrechas como inquilinos en los altos de casas de familias amigas. El 27 de mayo de 1895, Pablo escribió —ya desde Lima— a su hermana: “Por la educación de mi familia desearía establecerme en Lima, pero esto no lo haré si no consigo alguna ocupación que me produzca renta segura” (PSE a MSS, Lima, 27 de mayo de 1895). En octubre de 1896 ya tenía resuelto regresar a Piura por motivos económicos, no obstante haber “deseado mucho permanecer acá algunos años para atender a la instrucción de mis hijos...” (PSE a MSS, Lima, 19 de octubre de 1896; cita tomada de PSE a MSS, Lima, 11 de enero de 1897). Durante los dos años en Lima, la estrechez financiera de la familia era palpable. Ya había vendido su parte de la hacienda paterna de Locuto a su cuñado Federico Hilbck. Ahora vendió el ganado que aún le pertenecía, y su esposa Elisa ofreció en venta el piano de su casa de Piura (“...si le dieran 800 Soles...”), todo para hacer frente a los gastos de vivir en Lima y enviar seis niños a colegios particulares.⁹

Las cartas dan la impresión de que Pablo vigiló los estudios de sus hijos. Con gran frecuencia comentó como uno u otro de ellos estaba aplicándose a sus estudios, qué exámenes tenía que rendir y cómo salieron. Esperaba un estudio disciplinado de los jóvenes, y cuando no cumplían aparentemente intervino con mano dura, aunque no hay ninguna mención de castigos físicos. Cuando Mariana le notificó desde Alemania el reciente certificado no muy bueno de su hijo Gabriel, expresó su insatisfacción porque “este niño no continua con la misma aplicación que antes”. Un año más tarde, en septiembre de 1889, cuando algunos de sus hijos ya habían vivido más de cuatro años en Alemania, se mostró preocupado por la pérdida del idioma castellano por parte de Gabriel, y le encomendó a su hermana lo siguiente: “...haz lo que puedas para obligarlo a que lo practique haciéndole leer algunos trozos en nuestro idioma” (PSE a MSS, Lima, 25 septiembre de 1888; 11 de septiembre de 1889). Para Pablo, los medios para lograr los fines educativos no solamente consistían en una disciplina autoritaria, sino también en ofrecer incentivos materiales. Al dejar a algunos de sus hijos a cargo de su hermana (ya de regreso en Piura) una temporada más, cuando él y su esposa viajaron a Alemania en abril de 1892 para visitar a los hijos y demás familiares que aún seguían allá, le dejó las siguientes instrucciones a Mariana: “...te encargo que me los aconsejes para que se contraigan al estudio y observen buena conducta. Los domingos le darás a

9 Al parecer, los cambios políticos de 1895 agravaron aún más los apuros económicos de Pablo Seminario; ver PSE a MSS, Lima, 1 de julio de 1895; 15 de julio de 1895; 22 de julio de 1895; 23 de septiembre de 1895; 14 de octubre de 1895.

Miguel dos reales y un real a Rafael, pero si se portan mal no les debes dar esta propina” (PSE a MSS, Paita, 27 de abril de 1892).

Pablo trató de tener mucha influencia en las carreras de sus hijos, pero con resultados indiferentes. En junio de 1895 informó a Mariana, desde Lima, sus planes para Gabriel, quien en abril había comenzado el último grado (“la prima superior” [*Oberprima*]) de su *Real-Gymnasium* alemán, el décimo tercer año desde primero de primaria: “...he resuelto hacer regresar a mi hijo Gabriel, pues no juzgo necesario que rinda allá el examen de la prima superior, que acá de nada le serviría, teniendo para ingresar a la universidad de esta capital que presentar un examen de las materias que exige el reglamento general de instrucción pública” (PSE a MSS, Lima, 10 junio de 1895). Pero contra las órdenes repetidas de su padre, Gabriel insistió en terminar con los exámenes de la prima superior (*Abiturprüfung*), condición imprescindible para el ingreso a las universidades alemanas, y de bastante prestigio en sí mismo en la sociedad estamental del imperio guillermino. Al final, después de la intervención de un profesor de Gabriel y de su cuñado Carlos Schaefer, Pablo se rindió y permitió que su hijo terminase el *Abitur*, retrasando el regreso de Gabriel al Perú por casi un año (PSE a MSS, Lima, 5 de agosto de 1895, 12 de agosto de 1895, 26 de agosto de 1895, 16 de septiembre de 1895). Tras regresar a Lima en marzo de 1896, comenzó con el estudio de leyes en la Universidad de San Marcos. Pero en julio del mismo año, Pablo informó a su hermana que “Gabriel ha desistido de continuar sus estudios para abogado. Esto en verdad me tiene decepcionado, pues sus vacilaciones y veleidades lo hacen aparecer como un joven sin carácter del que nada se puede esperar. Ahora manifiesta deseo de dedicarse a la agricultura o comercio”. Pablo se propuso ayudar a su hijo a encontrar empleo en una compañía de comercio, “para que no esté ocioso”. Terminó con la siguiente reflexión: “Qué difícil, querida hermana, a [sic]¹⁰ llegar a formar jóvenes que puedan ser útiles a su familia y la sociedad!” (PSE a MSS, Lima, 6 de julio de 1896).

Para Pablo Seminario, el fin de la educación en general parece haber sido su utilidad para la familia y la sociedad. El ocio, un estado contemplativo apreciado por los patricios romanos y los aristócratas incaicos, chinos y europeos más recientes, era para él vergonzoso, opuesto a la dedicación al bien y el progreso público y privado. Más que un descendiente de grandes terratenientes, con sentimientos aristocratizantes o de gamonal, nuestro autor se muestra aquí como un hombre de clase media imbuido de los valores liberales o positivistas de su época. Tampoco es aparente que esta noción de “utilidad” haya sido fuertemente influida por la religión católica, en la cual la educación para el bien común significaba una vida al servicio del prójimo, repleta de actos de caridad. En sus cartas, Pablo aparece más bien como un católico bastante convencional. Apelaba a Dios o “el cielo” para conjurar el futuro y evitar desgracias, pero no hablaba de las lecciones de la Biblia, de la vida piadosa o de la educación religiosa. La religión prácticamente está ausente en sus cartas.¹¹

10 En éste y en los restantes casos en que aparece un “sic” en una cita de las cartas, debe entenderse que fue colocado por el editor.

11 En una de ellas, Pablo enfatiza lo buenos que los jesuitas del Colegio de la Inmaculada de Lima eran “como profesores”. Dejó a su corresponsal concluir que pensaba de otra forma en cualquier otro contexto. PSE a MSS, Lima, 1 de julio de 1895.

El espanto por el malestar

En aparente contradicción con la vida regulada y moderna que Pablo pretendió construir para sí y su familia, en sus cartas a menudo aparecían temores profundos: más que nada eran causados por las enfermedades y la política nacional. Para mí, la sorpresa más grande al leerlas es la frecuencia y la urgencia con que se comunicaba sobre las enfermedades. En la mayoría de las 216 cartas se habla de alguna enfermedad o lesión suya, de su hermana Mariana, algún miembro de sus familias o un amigo cercano: el "cólico" ya mencionado al comenzar este artículo, fiebres palúdicas, malparto, bronquitis, "catarros malignos", cáncer, quemaduras, tos, palpitations del corazón, constipación, problemas en los ojos, fiebres, "pequeñas erupciones" [en la piel, se supone], "tisis galopante" [sic], "tumores femeninas [sic]", debilidad del "sistema nervioso", diabetes, fiebre amarilla, cólera y otras enfermedades no especificadas. Los problemas gastrointestinales, varios tipos de fiebres no especificados (especialmente en los hijos de Mariana y de Pablo) y las enfermedades relacionadas con la garganta y los pulmones, parecen ser las que afectaron con mayor frecuencia al círculo familiar y los amigos de los Seminario y Echeandía.

¿Por qué escribía tanto sobre las enfermedades? ¿Era un hombre hipocondríaco, a la vez obsesionado con las enfermedades de otros? ¿O esta preocupación era un fiel reflejo del alto grado de morbilidad característico del Perú a finales del siglo XIX? No cabe ninguna duda de que a fines de este siglo, las epidemias y otras enfermedades graves aún constituían un enorme peligro, incluso para las clases acomodadas de la costa norte peruana (Cueto 1991). Pablo nos informa que una epidemia de fiebre amarilla asoló el departamento de Piura en 1889, causando "algunas víctimas". Ese mismo año murió uno de los niños piuranos que vivía con Mariana Seminario de Schaefer en Alemania, debido a una enfermedad infecciosa. No es nada sorprendente, entonces, que al año siguiente, cuando los periódicos limeños informaban de una "epidemia de catarros malignos que está ocasionando muchas víctimas" "en casi todos los estados que constituyen esa parte del mundo [Europa]," Pablo estuviese "en extremo preocupado" por la salud de sus hijos y otros familiares en Alemania (PSE a MSS, Locuto, 4 de marzo de 1889; Piura, 30 de mayo de 1889 y 17 de enero de 1890).

Las cartas de Pablo Seminario muestran cómo la creciente sensibilidad a los peligros de una mala salud se debía a su abundante información sobre las epidemias y el tratamiento científico de las enfermedades. En otras palabras, allí donde el naciente sistema de salud pública peruano aún no había logrado golpear los índices de morbilidad y mortandad, los adelantos de la medicina y el enorme incremento en el flujo de información no disminuyeron, sino que por el contrario incrementaron, la preocupación por las enfermedades en un hombre educado y acomodado como Pablo Seminario.¹²

En muchos casos, sus comentarios sobre alguna enfermedad suya o de un paciente, incluían sugerencias sobre el origen de tal mal o el tratamiento más adecua-

12 Sobre la creciente importancia de la higiene en el imaginario de las elites bahianas, véase Borges (1992: 90-91).

do, muchas veces revelando lo que podríamos llamar su filosofía sobre la salud y la medicina. En 1895 estaba “sumamente desagradado” por la frecuencia con la cual su hermana sufría de cólicos. “Es necesario que te pongas en curación formal, pues hoy estas enfermedades, provengan de los riñones o del hígado, se pueden curar...”. Una semana después su preocupación seguía: “Supongo que Cueva [médico y esposo de una hermana de Mariana y Pablo Seminario y Echeandía] te esté [sic] medicinando y te haya sometido a un régimen severo de alimentación que es el medio mas eficaz [sic] para combatir esta enfermedad” (PSE a MSS, Lima, 4 de noviembre y 11 de noviembre de 1895). Cuando, en enero de 1902, Pablo sintió su “sistema nervioso ... tan alterado y debilitado”, decidió darse “algunos baños de mar” en Paita. En noviembre visitó médicos en Lima por una sospecha de diabetes. Los análisis del especialista no mostraron ninguna sustancia relacionada con ella en su sangre, pero su médico familiar le prescribió unos “baños eléctricos para fortalecer el sistema nervioso”, un tratamiento entonces muy de moda para las enfermedades nerviosas en Estados Unidos y Europa (PSE a MSS, Piura, 25 de enero de 1902; Lima, 21 de noviembre de 1902). La consulta de especialistas, de varios (hasta tres) médicos a la vez, y los tratamientos más modernos accesibles: Pablo Seminario mostraba en todo su plena fe en la medicina científica moderna.

Para nuestro corresponsal, el estado de salud tenía mucho que ver con el clima de un lugar específico, y con una vida sana y robusta que incluyera ejercicios al aire libre. Repetidas veces evaluó la bondad relativa del clima de Piura y de Lima. Cuando quería persuadir a su hermana a que mandara uno de sus hijos a un colegio de la capital, el clima le sirvió para fortalecer su argumento: “Respecto al clima debo decirte, que mis hijas han gozado aquí de mejor salud que en Piura y que en general las personas viven bajo buenas condiciones higiénicas [y] se conservan perfectamente” (PSE a MSS, Lima, 11 de noviembre de 1895). Para los jóvenes era especialmente importante pasar temporadas en medios campestres, como las haciendas de la familia en el Alto Piura, donde “los puros aires” habían “robustecido” a los hijos de Pablo. Pero siempre había que controlar perfectamente las condiciones y la duración de la exposición de los chicos a tales aires purificadores. Cuando un joven hijo de Pablo pasó un verano en la hacienda Angostura de los Schaefer, le pidió a su hermana que cuidara que aquel no sufriera “fuertes insolaciones”. “Sus paseos en la mañana deben ser hasta las nueve y media del día [sic]” (PSE a MSS, Piura, 25 de enero de 1902). La sanidad de los aires también variaba con la temporada en Piura. A fines del verano, coincidieron Pablo y Mariana, “con las últimas lluvias que hemos tenido, se purificará el aire infestado de esta ciudad y ... dentro de breves días [sic] la temperatura de Piura refrescará y el estado sanitario mejorará” (PSE a MSS, Piura, 2 de abril de 1902).

Baños termales y de mar, de diversos tipos para combatir varias enfermedades; dietas, ejercicios al aire libre, incluyendo las carreras de bicicletas que los hijos de Pablo y Mariana emprendieron en Alemania ya a comienzos de la década de 1890: toda esta gama de comportamientos e ideas sobre una vida sana, que colman las páginas de la correspondencia de Pablo Seminario, constituían parte de un nuevo ideal del cuerpo humano bastante fuerte en él: el cuerpo robusto y deportivo, producto de un estilo de vida disciplinado y regular. Este tipo de disciplina física era la contraparte de la disciplina mental y moral que para él era el medio de una buena

educación. Una persona que vivía de esta manera debería estar bien preparada para confrontar los peligros de las enfermedades que amenazaban la vida a cada instante. Por eso Pablo se mostró altamente perplejo cuando un amigo piurano, todavía joven, contrajo una enfermedad seria: "...su vida metódica y arreglada hacía suponer que tendría largos años de existencia" (PSE a MSS, Lima, 7 de diciembre de 1896). Aún así: el peligro del quebramiento de la salud era omnipresente y Pablo aparentemente pensaba en esta amenaza en forma más o menos constante.

"Nuestra patria desgraciada": la destructiva lucha política

Mientras que Pablo cultivó la ilusión de que su estilo de vida podía influir bastante en su salud, las amenazas al bienestar debidas a la política peruana eran casi incontrolables para él; la política era una fuerza natural que estaba fuera de cualquier control, y más que la misma fisiología humana. En sus opiniones sobre el porvenir del Perú, frecuentemente aparecían expresiones sobre la providencia, la Fe o la desesperación. Así, por ejemplo, cuando escribió a Mariana en Alemania, en diciembre de 1885, sobre la derrota de Miguel Iglesias y el fin de la guerra civil: "La providencia se ha compadecido al fin de nuestro desgraciado país poniendo término a la desastrosa guerra civil que ha causado mayores malos [sic] que la que con tan desgraciado éxito sostuvimos con Chile". La dimisión de Iglesias y la formación de un gobierno provisorio eran para él "prodigiosos acontecimientos" que habían hecho "renacer la fé en mi abatido espíritu pues confío en [que] una nueva era de paz comienza para el Perú" (PSE a MSS, Locuto, 7 de diciembre de 1885).

En lo que respecta a la política, hay dos niveles en sus cartas: la gran lucha política por el poder nacional entre partidos antagónicos, y la rutinaria administración pública y la legislación que no tocaban las constelaciones del poder partidario. Mientras que el primer nivel regularmente provocaba temores apocalípticos en Pablo, con el segundo se mostraba pragmático y como un hombre de juicio sereno. Como partidario de Cáceres y del Partido Constitucional odió a Iglesias, a Nicolás de Piérola y a todos los que tenían algo que ver con el Partido Demócrata. Piérola era un "funesto hombre", un subversivo y "farsante"; quienes le seguían eran "malos peruanos" y de llegar éstos al poder, eso llevaría el Perú al abismo (PSE a MSS, Lima, 6 octubre de 1890; 14 de agosto de 1893; 14 de octubre de 1895). Pero aún más intenso que el odio a la persona de Piérola era el que tuvo para con sus parientes, los Seminario y Váscones y los Seminario y Aramburú. Su tío y sus primos pierolistas eran para él criminales temerarios, responsables de homicidio y robo, y de la destrucción y la anarquía en Piura (PSE a MSS, Lima, 7 de diciembre de 1896). Después de la victoria de Piérola sobre Cáceres en la guerra civil de 1894-95, Pablo pasó "días de mortificación" cuando supo que su tío Augusto Seminario y Váscones había alquilado cuartos en la misma casa de Lima donde él vivía con su familia. No estaba dispuesto a vivir bajo el mismo techo "con esos sujetos", y estaba eternamente agradecido por la gentileza de unos amigos piuranos por haberles hospedado durante algunas semanas, hasta que encontraron otro departamento (PSE a MSS, Lima, 20 de mayo de 1895). De hecho, sus cartas dan la impresión de que el hondo abismo que le separó del Partido Demócrata y su caudillo se debía en última instancia a su odio aún más profundo a sus parientes piero-

listas. Dicho de otra manera, había lazos muy fuertes entre la cultura política partidaria a nivel nacional y los feudos de sangre a nivel regional o local.

Pablo ciertamente tenía amplias razones para temer el dominio del poder regional piurano por parte de sus primos y tío pierolistas. En 1895, la victoria pierolista a nivel nacional y —automáticamente— también a nivel departamental, produjo serias pérdidas para Pablo y el clan de los Seminario y Echeandía: la ejecución del hermano Florentino; el incendio de la hacienda paterna de Locuto, incluyendo el robo de su ganado; la necesidad de exiliarse del hermano Fernando y otra hermana casada con el médico de la familia; y, por supuesto, el alejamiento de posiciones de poder e influencia a nivel regional (la prefectura) y nacional (las senadurías y diputaciones del Congreso). No es una exageración decir que en las casi dos décadas de correspondencia entre Pablo y Mariana, 1895 marca el inicio de los cambios más dramáticos para los Seminario y Echeandía. Mientras que entre finales de 1885 y comienzos de 1895, “las nubes oscuras” de la revolución y la mala politiquería que amenazaban a “la desgraciada patria” quedaban como algo abstracto, sin tocar la fortuna y los quehaceres de los Seminario y Echeandía, sus quejas y pesadillas sobre la política nacional y departamental en los años siguientes suenan más personales, informados por penosas experiencias familiares.

Sin respaldo en el partido en el poder, y con los odiados primos detentando el poder local, Pablo se sintió cada vez más incómodo con los pasos políticos de su hermano Fernando, ávido de relanzarse como figura de importancia nacional. Cuando éste publicó un manifiesto desde su exilio ecuatoriano en septiembre de 1898, secundando una rebelión cacerista en Piura, en Lima corrieron rumores de que la casa Hilbck le estaba ayudando con la compra de armas en Alemania, por lo cual Pablo advirtió que todo esto “contribuirá a que se aumenten las hostilidades contra la familia”, y “que puede ocasionar graves daños a la indicada casa [de Hilbck]” (PSE a MSS, Lima, 19 de septiembre de 1898). En febrero de 1902, al recibir noticias de la ruptura de relaciones entre Fernando y el gobierno de Eduardo López de Romana, le escribió a su hermana: “Te aseguro, mi cara hermana, que esto ha venido [a] aumentar los sufrimientos morales que me abruma al considerar que Fernando pueda ser la causa de nuevas calamidades en el departamento” (PSE a MSS, Piura, 25 de febrero de 1902). Y en noviembre del mismo año, cuando había noticias de una alianza de Fernando con el Partido Demócrata de Nicolás de Piérola para fortalecer su candidatura a la presidencia de la República, Pablo se mostró asqueado con la “temeraria conducta de nuestro hermano”. “Esto me hace creer que hay algún trastorno en su cerebro, pues nunca había creído que se pusiese de acuerdo con un partido que tanto lo ha difamado...” (PSE a MSS, Lima, 21 de noviembre de 1902).

El cambio político de 1895 en cierta manera había transformado las prioridades de Pablo: antes, para salvar a la desgraciada nación de un desenlace catastrófico, lo fundamental era evitar por todos los medios que los “malos peruanos” del Partido Demócrata llegasen al poder. Después, la mejor manera de evitar la catástrofe consistía en... evitar la catástrofe, o sea evitar más revoluciones y violencia en la política peruana. Aunque mantuvo la misma intensidad, su odio a Piérola y a sus partidarios pasó a segundo plano con respecto a ese objetivo de evitar nuevas violencias y revoluciones. Dicho de otra manera, después de haber perdido el acce-

so al poder, Pablo se convenció de que el bienestar burgués y la participación personal en la política nacional eran incompatibles, ya que la política siempre conllevaba un alto riesgo para la seguridad de las personas y los bienes de su familia y de su terruño. Así se explica su creciente desesperación con las actividades de su hermano Fernando.

Pablo Seminario se mostró mucho más pragmático en lo que respecta al segundo nivel político, referente a la administración pública y la legislación, sin cambios en el poder partidario. Hizo juicios bastante serenos y equilibrados sobre los personajes públicos y los programas legislativos. Destaca, por ejemplo, la gran importancia que atribuía a la idoneidad y honestidad de los nuevos prefectos de Piura, nombrados en Lima. No vaciló en criticar un gabinete mediocre de su héroe Cáceres, y fríamente explicó a su hermana en Alemania sus coincidencias y diferencias con éste en lo que respecta a las negociaciones con los tenedores de bonos. Cuando Piérola nombró un prefecto de Piura que le pareció honesto y adecuado para tan importante puesto, Pablo simplemente admitió esas cualidades. Lo que podemos vislumbrar aquí es un ideal de buen gobierno, sin luchas partidarias, sin violencia, caracterizado por autoridades públicas de un alto valor moral, tanto como aplicación y capacidad. Pero según el punto de vista de nuestro corresponsal, este ideal se hizo realidad solamente en tal o cual autoridad individual, mientras que el sistema político peruano en su conjunto siempre estaba a punto de condenar a la nación a la desgracia.

Mientras que un estilo de vida “moderno” pudo conjurar en mucho la amenaza de las enfermedades, la única manera de evitar las consecuencias catastróficas de la violenta lucha partidaria nacional era alejándose de ella. En ambas áreas en las cuales Pablo Seminario estaba sacudido por fuertes temores a las amenazas al bienestar burgués, su respuesta fue privada, un acto individual y familiar. Aún no cabía en su imaginación una solución pública para amenazas que ciertamente concernían a todos los ciudadanos de la república.

A modo de conclusión

No debe causar sorpresa alguna que en esta forma de percibir la realidad peruana, Pablo Seminario atribuyera un papel fundamental a la familia para evitar esos peligros y estabilizar su bienestar burgués. Efectivamente, las cartas revelan una amplia gama de funciones que se realizaban a través de las redes familiares, parcial o totalmente: la formación de sociedades comerciales; la compra de bienes, tanto de consumo como insumos agrícolas para todo el clan de los Seminario y Echeandía; la enorme confianza en la ayuda de hermanos y hermanas en la educación de los hijos; la confianza en el cuñado como médico de la familia, la ayuda de parientes para encontrar empleo, especialmente para los hijos; el frecuente intercambio de regalos dentro de la familia, especialmente los de cariño y con valor nostálgico o emocional (como una “cadena de pelo” de la adorada hermana desaparecida); la frecuencia de los matrimonios entre los miembros del clan; la protección por parte de familiares en posiciones de poder o influencia; y el intercambio franco de información y opiniones. Con funciones tan vastas, cualquier desacuerdo dentro de la familia se veía con especial preocupación. Por ejemplo, pocas semanas después de

la caída del gobierno de Cáceres, un serio desacuerdo sobre la división de la hacienda Locuto, la herencia paterna de los Seminario y Echeandía, introduciría, según Pablo, “la desunión y anarquía en la familia, que hoy más que nunca debería presentarse unida estrechamente [sic] para hacer frente a la guerra de destrucción y aniquilamiento que se le hace...” (PSE a MSS, Lima, 13 de mayo de 1895).

En mucho, Pablo Seminario aparece como un hombre bastante ilustrado, hasta simpático en la forma como encuadraba sus emociones, ideas, intereses, preocupaciones y pesadillas, un hombre todavía accesible a nosotros —cien años después— en ciertos aspectos de su mundo-ideario. Otros, claramente ligados a la cultura de fines del siglo XIX, nos parecen ya algo raros y difíciles de compartir: su excesiva fe en las ciencias y la medicina, su énfasis en una vida sana y disciplinada en el sentido físico, y una cierta dureza para con sus hijos, para quienes tuvo muchas menos expresiones de cariño que con su hermana. Aún así, sus cartas nos revelan una forma individual o subjetiva de encarar los desafíos de la época específica de la reconstrucción nacional, después de la Guerra del Pacífico. Su individualidad se formó dentro de un horizonte conformado por el clima de opiniones e ideas contemporáneas, por los adelantos tecnológicos y científicos, las circunstancias económicas, políticas y culturales de su familia, su terruño, y los circuitos nacionales e internacionales dentro de los cuales se movió. No había nada automático en su liberalismo, sus ideas positivistas sobre la educación y la salud, y su patriotismo bastante abierto a los intercambios con el mundo exterior. En la misma época había muchos peruanos de su clase social que veían los avances educativos como un peligro, que sentían una rivalidad entre peruanos y extranjeros, y que estaban preocupados por los primeros pasos de la secularización que iban minando un orden católico casi natural. Las cartas muestran con claridad cómo se entremezclan las formas individuales, subjetivas y hasta emocionales de enfrentar la “realidad” física, social y cultural, junto con el acondicionamiento de ese mundo-ideario a manos de esta misma realidad y las corrientes de nuevas ideas que estaban a su alcance.

Pareciera que lo fundamental en este mundo-ideario de nuestro corresponsal de fines de siglo es que su liberalismo, y su entusiasmo por las ideas y formas modernas de vivir, muestran el rumbo por el cual esperaba llegar a una vida privada y a una nación bien arregladas, al mismo tiempo que ayudaba a acentuar sus temores y pesadillas. La modernidad sirvió para vencer las incertidumbres y los peligros, pero simultáneamente los acrecentó en su mente. Debemos resaltar que esto no era el resultado del gran temor que una burguesía, al inicio de su consolidación, tenía por las masas trabajadores o subalternas, y ni siquiera por las masas indígenas y negras, como muchas veces se ha afirmado en la historiografía peruana de las últimas décadas. Las cartas no incluyen ninguna referencia al orden racial peruano, aunque esa gran ausencia ciertamente podría esconder un imaginario racista jerarquizado, tan internalizado que no era necesario mencionarlo entre hermanos. Hay algunas referencias en las cartas que ligan el peligro de Nicolás de Piérola con su popularidad entre el bajo pueblo.

Pero no cabe ninguna duda de que los temores de Pablo provinieron mayormente de la brecha entre un horizonte de expectativas inmensamente expandidas en el sentido de la comodidad, la educación, los medios de transporte, las ciencias y la salud, y una realidad peruana mucho más frágil. En ella había que cambiar de

vapores y ferrocarriles al lomo de mula apenas a unos cuantos kilómetros de los puertos costeros y de las líneas ferroviarias; las enfermedades brotaban por todas partes y, quizás lo más importante para Pablo, la lucha por el poder nacional implicaba la muerte del enemigo y la destrucción de su propiedad. El vacío entre el horizonte de las expectativas y la realidad, entre la añoranza modernizante y el espanto, fácilmente se llenó con estructuras institucionales e ideas sobre el funcionamiento de la sociedad y política peruana de largo alcance: de un lado la importancia primordial de la familia arriba señalada, del otro un discurso regeneracionista basado en modelos cíclicos que fluctuaba entre la esperanza de la regeneración moral y material de la nación, y el temor a su desaparición. En el caso de Pablo Seminario, esta forma en la cual instituciones, memorias y patrones de pensar de largo alcance se sumaron a las añoranzas modernizadoras, tuvo como resultado un estilo de vida apacible, desilusionado y cada vez más retirado del quehacer público. Pero la misma constelación también podía desembocar en populismos ruidosos y demagógicos.

Bibliografía

Fuentes impresas

Ahumada Moreno 1884-91.

Anónimo 1924.

López Albújar 1924.

Ministerio de Hacienda s. f.

Paz-Soldán 1907.

Fuentes secundarias

Aldana Rivera y Diez Hurtado 1994.

Balmori, Voss y Wortman 1984.

Borges 1992.

Cueto 1991.

Chowning 1999.

Diez Hurtado 1998.

Jacobsen y Diez Hurtado, en prensa.

Jaramillo 1995.

Lewin 1987.

Ramos Seminario 1991.

Riviale 1994.